

FINAL DE MARTIN FIERRO

Por ULYSES PETIT DE MURAT

CLARO que ya me va pareciendo mentira que conocí a Macedonio Fernández o a Ricardo Güiraldes. Del mismo modo mi rostro de 59 años en el espejo desmiente el que aparece de 19 años, en una fotografía, junto a Francisco Luis Bernárdez, Leopoldo Marechal, Nicolás Olivari y Pablo Rojas Paz. Pero, precisamente, el epígrafe, referente al Comité Yrigoyenista de Intelectuales Jóvenes, al que pertenecíamos, es la síntesis de la crisis que terminó con Martín Fierro. Es sabido. Evar Méndez, su director, estaba en la secretaria de la presidencia de Alvear. Hizo una declaración de prescindencia, nos consideramos aludidos y nos fuimos con la música a otra parte. O a ninguna, porque una revista literaria como *Martín Fierro* no se inventa todos los días.

Creo que Pondal Ríos y yo fuimos los últimos en llegar a *Martín Fierro*. Quedé anonadado cuando Evar Méndez me presentó como poeta. Era una actividad rigurosamente secreta. Mi padre me prefería abogado y yo, personalmente, estaba avergonzado por intentar hacer algo tan superfluo, ya que existían Rimbaud, Whitman, Macedonio Fernández y tres mil más que habían violentado de frente a la belleza, antes que a mí se me ocurriera llamar tímidamente a su puerta. (La biblioteca de mi casa es un reproche que nunca he superado.) Un atisbo de seguridad nació en mí del hecho de sumergirme de cabeza en un ambiente como el de *Martín Fierro*. No se vaya a creer que recibí un estímulo directo nacido de casuales y desafortunadas alabanzas. Más bien me sostuvo la sensación de equipo que daba el grupo. Yo jugaba a componer un equipo. Tal vez como el último de los suplentes. Pero hombres como Oliverio Girondo, Borges, Güiraldes o Carlos Mastronardi me daban la certeza de tener a su cargo lo que había proclamado el Malevo Muñoz (Carlos de la Púa, el de *La crencha engrasada*): Vivimos en un país en que hay que meter un gol todos los días. Había goleadores de sobra en el equipo: Bernárdez, Sergio Piñero, Norah Lange, Eduardo Mallea, Raúl González Tuñón, Pablo Rojas Paz,

Brandán Caraffa . . . Seguí leyendo y escribiendo vorazmente, con una tenacidad que data exactamente de mis siete años. Pero lo más importante, el elemento vital de fuego que necesitaban mis escarceos de salamandra, y que no había tenido hasta entonces, estaba en *Martín Fierro*. La gente de *Martín Fierro* no tenía nada que ver con ese remedo de preceptores encanallecidos, de falsos y ahuecados pseudo maestros, pseudo creadores, que componían la mayor parte de las generaciones anteriores literarias, para las cuales escribir no era una especie de absceso incurable, que hay que drenar, como ocurría con nosotros, sino el despliegue de la cola cromática, a cargo del mentiroso grajo. Me gustaba la gente. Me gustaba ver rivalizar a Güiraldes y al Malevo Muñoz en un tango con corte, en nuestra casa de la calle Tucumán. Me gustaba oír, interminablemente, a Macedonio Fernández, tocando con débil pulsación, en la guitarra, a Bach, en dos confinados cuartos de sus deletéreas pensiones. Me gustaba emborracharme mortalmente, en banquetes donde Norah Lange pronunciaba discursos memorables. Me gustaba ver a Jacobo Fijman correr detrás de una poetisa aterrada; me gustaba hundirme en la noche de Buenos Aires y que, de pronto, Ricardo Güiraldes nos leyera los primeros capítulos de una novela que se iba a llamar *Don Segundo Sombra*. Estaba viviendo plenamente, al lado de gente que hasta entonces yo pensaba remota, distante, inalcanzable y, lo más seguro, inexistente.

El final empezó cuando Oliverio Gironde se fue a Europa. Creo que se hizo patente cuando murió Ricardo Güiraldes. Fuimos a enterrarlo. Luego, con un cierre paralelo al de *La Educación Sentimental* de Flaubert, a escuchar tangos en un burdel de San Antonio de Areco. Serios y tristes, se hicieron amargos los cigarrillos, los pensamientos, los tangos, la caña, mientras nos tomaban las lágrimas no confesadas, de adentro de la garganta, para decirnos que todo era bastante irreal, bastante triste y provisorio. *Martín Fierro* apareció, anunciando un número de homenaje a Ricardo Güiraldes que nunca se había de publicar, porque ese número del anuncio tierno y emocionado era, precisamente, el último número de *Martín Fierro*.

Abril de 1966.